

las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y, abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces: "No me le quite nadie; déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender, de mí á él, quién es Don Quijote de la Mancha." Pero el gato, no curándose destas amenazas, gruñía y apretaba. Mas, en fin, el duque se le desarraigó y le echó por la reja: quedó Don Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de Aparicio, y la misma Altisidora, con sus blanquísimas manos, le puso unas vendas por todo lo herido; y, al ponérselas, con voz baja le dijo: "Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia; y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, por que nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro." Á todo esto, no respondió Don Quijote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro; y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los duques le dejaron sosegar, y se fueron, pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora, por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

## CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su gobierno.

**C**UENTA la historia, que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde, en una gran sala, estaba puesta una real y limpiezima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música; sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado, en pié, un personaje, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla, con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante, echó la bendicion, y un paje puso un babador randado á Sancho; otro, que hacia el oficio de maestresala, llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro, de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él, ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso; y, mirando á todos, preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de Maese Coral. Á lo cual respondió el de la vara: "No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho mas que por la



mía, estudiando de noche y de día, y tanteando la complexion del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es, asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así, mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasíadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar, por ser demasíadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y, el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.—Desa manera, aquel plato de perdices que están allí, asadas, y, á mi parecer, bien sazonadas, no me harán algun daño.” Á lo que el médico respondió: “Ésas no comerá el señor gobernador, en tanto que yo tuviere vida.—Pues ¿por qué?” dijo Sancho; y el médico respondió: “Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo, dice: *Omnis saturatio mala, perdices autem pessima*. Quiere decir: *Toda hartazgo es mala; pero, la de las perdices, malísima*.—Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor, de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará mas provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalée; porque ¡por vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre! y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él mas me diga, antes será quitarme la vida, que aumentármela.—Vuesa merced tiene razon, señor gobernador, respondió el médico; y así, es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar; pero no hay para qué.” Y Sancho dijo: “Aquel platonazo que está mas adelante, vahando, me parece que es olla podrida; que, por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.—*¡Absit!* dijo el médico; ¡vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento! no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allá, las ollas podridas, para los canónigos, ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorecas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo prímor y toda atildadura; y la razon es, porque siempre, y á do quiera, y de quien quiera, son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora, para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones, y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion.” Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde habia estudiado. Á lo que él respondió: “Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, á la mano derecha, y tengo el

